



El narcisismo de la postmodernidad o la crisis de una modernidad decadente

Narcisism in Postmodernity:
or Crisis in a Decadent Post-Modernity

Fernando GUZMÁN TORO

Maestría en Filosofía. Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela

RESUMEN

La postmodernidad es un movimiento que surge como consecuencia de la crisis de la modernidad dominante, desvaneciendo muchos de los grandes proyectos que exaltaban el dominio y el poder del hombre, siendo sustituido por lo pequeño, lo local, lo alternativo. Una de las características más destacadas de la postmodernidad es la influencia de los medios de comunicación que invaden y ejercen su influencia en lo cotidiano, en que ya nada asombra y ni siquiera perturba. En este trabajo se presentan algunos aspectos que caracterizan a la postmodernidad haciendo énfasis en: la influencia de los medios, la sexualidad en un mundo virtual y la violencia en la sociedad postmoderna.

Palabras clave: Movimiento, modernidad, postmodernidad, proyectos, medios, comunicación.

ABSTRACT

Postmodernity is a movement that arose as a result of the crisis of the dominant modernity, confronting many of the great projects which exalted the dominion and the power of man, and replacing them with smallness, what is local, and other alternatives. One of the most outstanding characteristics of postmodernity is the influence of mass media that invades and exerts its influence in daily life, to the point where nothing astonishes or even disturbs us. In this paper certain aspects that characterize postmodernity are presented making special emphasis on aspects such as: the influence of mass media, sexuality in a virtual world and violence in postmodern society.

Key word: Movement, modernity, postmodernity, projects, mass communication media.

EL NARCISISMO DE LA POSTMODERNIDAD

La postmodernidad se puede definir como un movimiento deconstructivo de la razón ilustrada, que surge como consecuencia de una crisis de la modernidad dominante que produce una ruptura con muchos de sus rasgos y que se caracteriza por: una crítica a la filosofía occidental, un compromiso ideológico con las minorías, pérdida de la historicidad, fin de los metarrelatos, hedonismo y eclecticismo.

El postmodernismo para Lipovetsky¹ significa el advenimiento de una cultura extremista que lleva la lógica del modernismo hasta límites excesivos, manifestándose en los años sesenta con una incitación a un hedonismo exacerbado, estados alterados de conciencia asociados al consumo de drogas e incorporación de la liberación, el placer y el sexo como formando parte de la cultura cotidiana; suscitando una especie de narcisismo cultural y estético alimentado por la imagen, así como una falsa identidad influenciada por los medios de comunicación, surgiendo una nueva era del vacío o de la vacuidad que interroga drásticamente a la modernidad por las causas de sus fracasos².

En una época de la tecnología, manipulación genética y la clonación, observamos como se produce la destrucción del transbordador espacial, considerado como un icono de la conquista del espacio a la entrada de la atmósfera terrestre o como una de las ciudades más importantes en el ámbito mundial como Nueva York, experimenta una ausencia de fluido eléctrico por más de 48 horas. Estas situaciones poco comunes y consideradas improbables unos años atrás, hace suponer que en esta época postmoderna se ha producido una lenta pero constante sustitución de los grandes metarrelatos por situaciones nada previsibles y que con el transcurrir del tiempo dejaran de asombrarnos y de generar alguna respuesta emocional.

Se han desvanecido los grandes proyectos exaltadores del hombre, siendo sustituidos por lo pequeño y lo próximo, lo personal y lo local; en que el ideal postmoderno vendría a ser la respuesta ante el desencanto del modernismo, con una tendencia cada vez más acenuada a realzar la neutralización de conflictos de clase, la atomización del imaginario revolucionario, la desubstanciación narcisista y la humanización como respuesta a una sociedad moderna en que los seres humanos se estaban convirtiendo en especies de máquinas vivientes que formaban parte del engranaje de la sociedad industrial. En este proceso de personalización narcisista postmoderno destacan aspectos positivos y negativos tales como: el surgimiento de un nuevo culto a la tolerancia, el respeto de las diferencias y el derrumbe de los estamentos jerárquicos, que transforma el ejercicio de esa jerarquía en una especie de parodia a quien nadie presta atención, con democratización de los conocimientos en diferentes áreas de la ciencia y técnica, llegando al extremo de una elaborada erudición por parte de imberbes jóvenes en el uso de las nuevas tecnologías que superan con su ingenio y creatividad a universitarios con sacrificados años de estudios superiores. La cándida brillantez de ficticios antifaces comienza a extinguirse, sin embargo pareciese que algunos estuviesen en la búsqueda de sus decadentes máscaras ante el desconcierto creciente generado por el desconocimiento de los roles que les corresponde desempeñar en la sociedad

1 Lipovetsky, Gilles (2002): *La era del vacío*. Decimocuarta edición. Barcelona: Editorial Anagrama.

2 Lipovetsky, Gilles (2000): *La tercera mujer*. Cuarta edición. Barcelona: Editorial Anagrama.

postmoderna, en que el cumplimiento de los mismos experimentan crisis sucesivas generando angustia y desasosiego en los individuos anclados en la modernidad.

POSTMODERNIDAD, MEDIOS, CULTURAS Y CONTRACULTURAS

A partir de los años sesenta se comenzó a observar una explosión libertaria en los diferentes ámbitos de la vida diaria que incluyeron: el vestuario, la vida sexual, la educación, las relaciones interpersonales, la literatura y el arte, como consecuencia de la creciente influencia de la publicidad y los medios de comunicación. En el arte, el *pop art* va a surgir inspirado en las imágenes de la publicidad en que el espectador reconoce objetos corrientes en las pinturas, ahorrándose el esfuerzo y trabajo mental que en un momento significaron las obras del expresionismo abstracto. El arte comienza a transformarse en icónico, caracterizado por exaltar las imágenes en que los medios ejercen una notable influencia y que pareciesen trasladarnos a un nuevo barroco en que predominan lo exagerado de las formas y la exuberancia, sustituyéndose a las imágenes religiosas por los iconos del pop. El pop art comienza a exaltar lo cotidiano, lo intrascendente, y los artistas ni siquiera se preocupan en inventar o crear algún motivo, ya que este se encuentra a su alrededor en la publicidad televisiva, las vallas publicitarias y las revistas de moda. Warhol comienza a utilizar fotografías de prensa repitiéndolas múltiples veces en la misma superficie como una crítica a la deshumanización de los medios de comunicación, que presentan imágenes que al repetirse de una manera consecutiva terminan por no ejercer ningún efecto.

En la cultura pop vamos a observar una búsqueda exasperada de lo dionisiaco, llegando al extremo que ese espíritu dionisiaco que se manifiesta en la irreverencia y la erotización, termina por perder todo su significado al transformarse en algo cotidiano y alienado a los medios de comunicación. El irracionalismo y el espíritu báquico del pop significaron una especie de catalizador en el surgimiento de cultos exóticos y la cultura de la droga, surgiendo en la literatura escritores tales como: Kem Kesey's, antropólogos como Carlos Castaneda y psicólogos como Timothy Ó Leary, quienes exaltaban estados alterados de conciencia mediante la utilización de plantas alucinógenas como el peyote o drogas sintetizadas en el laboratorio. Juan Liscano considera que una subcultura que fomentó la expansión espiritual y los estados alterados de conciencia mediante el uso de alucinógenos, contribuyó a una regresión hedonista que al final se alienó con el sistema y comenzó a formar parte de una maquinaria de consumo y destrucción³. Esta situación de alienación de los movimientos que surgen en los sesenta y comienzo de los setenta a la subcultura de la sociedad de consumo generó un movimiento contestatario representado por el punk que al final resultó asimilado por la industria publicitaria y el mercadeo. El movimiento *punk* va a ser partidario del individualismo, la transgresión de los esquemas instituidos por la sociedad, la crítica a la familia, el trabajo, la educación; autodefiniéndose como nihilista y asumiendo un lema característico de la postmodernidad: "Vive el presente, ya que el futuro es incierto". Es un nihilismo que juzga a todo lo que trasciende al individuo como: espíritu, humanidad, sociedad, estado, ética y verdad como formas patológicas y erróneas del sometimiento del hombre a esencias universales en la que el sujeto parece desvanecerse.

3 Liscano, Juan (1997): *Anticristo, Apocalipsis y parusia*. Caracas: Editorial Alfadil.

El movimiento *punk* se va a erigir como símbolo de una tendencia que se va a oponer de una manera radical al “paz y amor” del movimiento hippie de los sesenta, con el epígrafe de “odio y guerra” acorde con la violencia de la sociedad contemporánea. Esta postura, se puede incluir en lo que Eric Fromm definía como mecanismos de evasión ante una situación que se describe como insoportable y que a pesar de que mitiga una angustia intolerable no soluciona el problema subyacente, llegando a los extremos de tendencias masoquistas y sádicas con inclinaciones al sufrimiento, que se manifestó en el movimiento *punk* en una estética saturada de hojas de afeitar, imperdibles y vinilo, en que el intento de sobreponerse a una sociedad alienada y represiva desencadenó en una sensación de aniquilación del “yo” que encontró la manera de transformar esa situación, mediante la incorporación a un movimiento que simbolizaba lo fuerte, eterno y fascinante, participando activamente de su fuerza y gloria pasajera⁴. A pesar de lo contestatario e irreverente del movimiento *punk* atacando al estado, la sexualidad machista, el amor, la represión y la racionalidad alienada considerándolas como enfermedades, terminó al final siendo asimilado como un producto y mercancía de consumo por el mismo sistema al cual combatía y criticaba⁵.

En la época de los ochenta la asimilación de los movimientos contestatarios al sistema fue más manifiesta y los “mas media” asumen el control casi total de cualquier expresión creativa, imponiendo sus pautas, modelos, requerimientos, y a diferencia de la tecnología de la modernidad caracterizada por la dinamicidad de sus productos, que se manifiestan en raudos automóviles, aviones que sobrepasan la velocidad del sonido; la tecnología de la postmodernidad se caracteriza por su estaticidad como sucede en la informática que inmoviliza al individuo en una silla mientras se encuentra en la búsqueda de imaginarios mundos virtuales en la pantalla del computador.

La tecnología se transformó en una especie de apéndice de los seres humanos en que el silicio, el vinilo, los bytes, trasladan al hombre contemporáneo a un universo virtual que lo desarraiga y desliga de la realidad circundante, obnubilando su creatividad y transformándolo en una especie de autómeta mediático que transfiere sus emociones como: alegría, tristeza, amor, odio a una fría y pálida pantalla, desencadenando en una indiferencia afectiva o anaecotimia y en una sociedad con marcados rasgos esquizoides que se manifiestan como: una tendencia acentuada hacia lo esotérico expresada en una descarga mediática diaria de iluminados *gurúes* que predicen un futuro incierto, una paradójica incomunicación en época de las comunicaciones y una obediencia automática en que se acata ciegamente los dictámenes del mercadeo y la publicidad. Todos estos síntomas van a estar presentes en nuestra sociedad contemporánea y que evidencian trastornos psíquicos severos cuyas consecuencias se traducen en: una deshumanización creciente de la sociedad, violencia exacerbada, culto a la individualidad y un sentimiento de insignificancia del sujeto ante el mundo exterior.

La influencia de las nuevas tecnologías han degenerado en un hedonismo, que a diferencia de la transgresión e irreverencia de las vanguardias, se caracteriza por su sumisión y alienación al sistema, que trae como consecuencia un narcisismo exacerbado en que se rinde culto a la individualidad; sin embargo no es un individualismo competitivo característi-

4 Fromm, Eric (1991): *El miedo a la libertad*. 15ª reimpresión. México: Editorial Paídos, pp. 4–201.

5 Brito García, Luis (1991): *El impero contracultural. Del rock a la postmodernidad*. 3ª edición. Caracas: Editorial Nueva Sociedad.

co de las sociedades modernas capitalistas, sino un individualismo hedonista en que la competitividad es un “sin sentido”, ya que sencillamente el “otro” no nos interesa y ni siquiera logra afectarnos.

Este culto a la individualidad narcisista que se ha exacerbado por la influencia creciente de los medios de comunicación, ha determinado que diferentes organizaciones que requieren y necesitan de la interacción de un grupo numeroso de individuos, comiencen a presentar crisis sucesivas anteriormente no experimentadas y que ha reducido a escombros partidos políticos, sindicatos y organizaciones estudiantiles, siendo sustituidos por agrupaciones con intereses muy específicos y atomizados, como una forma de manifestación de ese individualismo postmoderno.

Este culto a la individualidad narcisista y el desmoronamiento de los metarrelatos que habían fijado una orientación a la sociedad durante el siglo XIX y parte del siglo XX, determinó que lo intrascendente adquiriese una mayor trascendencia, acentuada por la influencia mediática, generando una insólita audiencia que cada día está atenta a los más rutinarios e intrascendentes actos de la vida cotidiana, degenerando en una especie de voyeurismo tecnológico en que ya no se espía a través de los orificios de la cerradura, sino a través de la fría pantalla de la caja del televisor o del computador, no existiendo el riesgo de ser descubierto o reprendido.

Existe una pérdida real del sentido de la temporalidad, en que la historia cada vez pierde más significado, considerándose al pasado como una amalgama de tradiciones y costumbres que contrastan con la exuberancia de lo mediático, en que lo tradicional y lo popular pierde todo su significado ante una sociedad que ensalza a artificiales personajes del espectáculo, de signos exacerbados, que son una clara representación de ese individualismo narcisista. La rápida decadencia de estereotipados y enajenados iconos mediáticos es un hecho frecuente en la sociedad postmoderna, en que las celebridades del espectáculo pierden su aura envolvente y son incapaces de continuar sonando su encantadora flauta domadora de serpientes que ya no emite sonidos, arremetiendo una desorientada sierpe en contra de sus extraviados amos, ocasionándoles serias desgarraduras que les impide mantenerse en pie; y a pesar de utilizar complicados artilugios frecuentes en el mundo del espectáculo, apenas generan la elaborada teatralidad de los mismos, una tenue y forzada sonrisa de indiferente complicidad.

LA SEXUALIDAD EN UN POSTMODERNO MUNDO VIRTUAL

A partir de los años sesenta comienza a observarse una mayor amplitud y libertad en los diferentes aspectos relacionados con la sexualidad, sin embargo pareciese que en los últimos años estuviese siendo confiscada progresivamente por la publicidad y los medios, en que ya no es necesario imaginar nada ni suponer nada, ya que lo sexual se ofrece prefabricado. El “Eros” comienza a ser abrazado progresivamente por los brazos de “Tanatos”, en que la publicidad y los medios transforman la sexualidad en hiperreal no dejando espacio alguno a la imaginación. La pornografía mediática ha trasladado al hombre postmoderno a una especie de voyeurismo microscópico, en que estructuras anatómicas antiguamente vedadas a la visión o imaginación adquieren presencia por los logros de la técnica.

Es cada vez más frecuente observar la transformación en la sociedad postmoderna del sexo en una especie de doble vida, exaltando y estimulando esa mentalidad voyeurista desenfadada en que existe un deseo impetuoso de observar todo, en que desempleados, es-

tudiantes e incluso profesionales exhiben su sexo en un estrado como si estuviesen en una especie de coliseo romano, en que los voyeuristas se agolpan apresuradamente para tener contacto con esa sexualidad microscópica anteriormente vedada. Todo lo escondido deja de estar oculto, todo lo prohibido deja de estar proscrito y observamos como un mayor número de individuos necesitan dosis más elevadas de hiperrealidad sexual.

La desnudez que se había convertido en especie de fetiche que todos buscaban observar a través del ojo de la cerradura, ha sido transformada por el hiperrealismo postmoderno de la técnica en una hiperdenudez microscópica que ha desarmado sexualmente por su ímpetu y agresividad a los hombres y mujeres de la postmodernidad, elevando cada vez más su umbral de excitabilidad ante los estímulos eróticos con el riesgo de que se necesiten alicientes más agresivos y bizarros para generar algún tipo de repuesta sexual, en una especie de sexualidad extrema en que todo vale y nada se prohíbe. Asistimos a una cultura de la de-sublimación en que nada necesita ser imaginado, en que no se abandona nada a las apariencias y en que todo es visible o exageradamente visible.

La cultura en que lo sexual se asociaba a un largo proceso de seducción y sensualidad que culminaba en el acto amoroso ha sido sustituida por la inmediatez del sexo, en que el seducir o el ser seducido se considera arcaico o una pérdida de tiempo, como consecuencia de la transformación del deseo en un imperativo que debe ser satisfecho inmediatamente, y así como observamos una cultura postmoderna que concibe la temporalidad en tiempo presente y derrocha hedonísticamente a manos llenas, la libido debe gastarse de una manera similar como si fuesen ligeras monedas que circulan como un valor de cambio.

La seducción corre el riesgo ante la cultura de la inmediatez de pasar al olvido, en una sociedad en que lo simbólico cada vez más pierde valor ante el ímpetu arrogante de lo hiperreal exaltado en lo pornográfico, con el peligro evidente de que el sexo se agote a sí mismo, consumiendo las fuerzas del deseo y de la libido. Se ha llegado a una especie de intoxicación mediática del porno que aliena a los seres humanos y los convierte en especies de máquinas sexuales, que nunca se agotan y que pareciesen que no terminasen de ser satisfechas; a pesar de que todo es permitido y nada está prohibido generando infinitas posibilidades que trascienden la imaginación, en una especie de combinatoria infernal que nos aproxima cada vez más a la irracionalidad. Existe la posibilidad de que esta transformación del sexo en una máquina de apetito inagotable, evolucione hasta los extremos de reemplazar el objeto humano del deseo por maquinarias sustitutivas del sexo, con piel sintética, ojos sintéticos y gemidos artificialmente creados por un sintetizador; en una especie de pseudoacto sexual en que no existen fluidos, en que no existe pasión, y menos aún algún tipo de repuesta emocional que nos acerque a lo humano, de una manera similar al pseudoamor virtual de la postmodernidad en que ya no se mira a los ojos, no se siente la piel del otro, la presión de un abrazo, en que se pasan horas como autómatas detrás de la brillante y fría pantalla del computador declarándose amores virtuales en que se llega al extremo de ignorar si el objeto pseudoamoroso es del sexo que afirma ser, en una especie de contradictorio sexo asexual virtual.

Existe la posibilidad, sí la sociedad postmoderna sigue en esa vorágine infernal del sexo maquinal en que no existe placer y menos aún disfrute ante la presencia de la otra persona, de degenerar en una sociedad de sátiros y ninfómanas impotentes, que deambulan como zombis sin brújula con enrojecidos ojos después de extenuantes jornadas que repiten día tras día, en una permanente insatisfacción que ya ni siquiera generan alguna emoción.

VIOLENCIA, PERSONALIZACIÓN, INDIFERENCIA Y POSTMODERNIDAD

Una de las características de la sociedad postmoderna, es que ha sufrido un proceso de personalización que ha determinado que en muchos países del primer mundo los índices de delitos, incluyendo los homicidios hayan permanecido estables e incluso con cierta tendencia a la disminución; a pesar del aumento de la población, relacionado con la aparición de nuevos bienes de consumo producto de una mejor situación económica que permiten al sujeto postmoderno aislarse en sí mismo, siendo indiferente ante el otro sea de su agrado o no, llegando incluso al extremo de banalizar aquellas conductas que simbolizaban la violencia como: “el insulto”, a quien ya nadie le presta importancia, desarmando psicológicamente al individuo presa de ira, al no generar ninguna repuesta emocional en el otro que no sea la indiferencia o el desprecio. A pesar de ese proceso de personalización creciente que ha suavizado las costumbres del sujeto postmoderno, se ha observado una radicalización de esa violencia en los excluidos de la sociedad por razones de índole económica y social. Es importante destacar que la violencia se ha extendido a los marginados de la sociedad, quienes también asumen su derecho de participar en la vorágine hedonista incitada y estimulada por los medios y la sociedad de consumo, en que el ímpetu de consumir, determina que el “otro” adquiera presencia como medio para la satisfacción de ese hedonismo nunca satisfecho, siendo usufrutuado por el robo, la extorsión, el chantaje o el engaño.

Una forma de violencia que se ha acrecentado en los últimos años, son los intentos suicidas que son la expresión de tendencias autodestructivas, en que los jóvenes son atrapados con una mayor frecuencia en los oscuros brazos de Tanatos como consecuencia de una impulsividad efímera en que el individuo se quiere matar sin querer morir, para observar si genera alguna reacción “del otro” a su alrededor, como si quisiese asistir a su propio funeral.

La violencia postmoderna se ha transformado en una violencia del instante en que la única lógica que existe es la irracionalidad, en que los excluidos de la vorágine hedonista a manera de deidades oscurantistas descargan su agresividad y frustración a través de los apéndices metálicos de la violencia que ya parecen forman parte de su propio cuerpo, como si fuesen simplemente prolongaciones de sus manos, en que el frío cañón de las armas de fuego permite conseguir exiguos trofeos que no pasan de un par de zapatos horadados en su suela y unas cuantas monedas o billetes desgastados, en que ni siquiera se observan las figuras pretorianas de algún decadente héroe local. Es importante destacar que a pesar que en algunas ciudades de Europa y Norte América se ha observado una reducción en algunos de los índices relacionados con la violencia, esta se ha transformado como consecuencia de la irracionalidad de sus acciones, no existiendo ningún objetivo preciso salvo dejar una estela de dolor y una amarga desolación, como si fuesen las hordas bárbaras de Atilas postmodernos que destruyen todo lo que encuentran a su paso, siendo necesario un análisis exhaustivo acerca de las causas de esta violencia irracional que suele afectar como víctima o victimario a los extractos más jóvenes de la sociedad, existiendo el riesgo real de un futuro incierto de estos jóvenes que pareciesen condenados a una eterna juventud simbólica ya que ni siquiera logran llegar a la adultez.

Es importante analizar y reflexionar acerca de los aspectos anteriormente mencionados en relación a la sociedad postmoderna, ya que a pesar de observarse grandes avances en ciertas áreas, la exagerada presencia de la tecnología y los medios puede generar una creciente deshumanización de nuestra sociedad, con el riesgo de transformar al hombre postmoderno en un individuo narcisista e indiferente del mundo que lo rodea.